

# Por la clase obrera

En mi anterior artículo senté la tesis de que solamente los gobiernos que nacen a la vida republicana por el calor vivificante del voto espontáneo de los pueblos, se toman marcado interés por la clase obrera, la dignifican, la ennoblecen y ponen todos los medios a su alcance para levantar su nivel moral y material; dictan leyes que tiendan a prevenir los abusos de los ricos que, con el poder del dinero, absorben el trabajo del obrero, a quien explotan inícuamente; emiten leyes sobre accidentes; fundan colonias; establecen escuelas nocturnas; crean Escuelas de artes y oficios; y fundan bibliotecas, etc., etc. En fin, gran parte de la energía gubernamental la invierten en llevar a la más completa efectividad sus buenos deseos y proyectos tendientes a dejar bien cimentada la vida azarosa y raquítica del obrero.

Esa vida plagada de dificultades y de pobreza que, en no pocas ocasiones experimentan algunos obreros, los induce y los precipita en el piélago del vicio y de allí surge la esfinge de la miseria que refracta su sombría silueta en sus humildes hogares. ¡El vicio ha triunfado haciendo su víctima propiciatoria al obrero! Y entonces es cuando las clases altas, el Olimpo, somete al escarpelo de su más implacable crítica y fustiga con su altanero látigo, el cuerpo y las carnes que constituyen la humanidad de esos pobres obreros, que allá en sus momentos de lucidez maldicen su suerte. ¡Pobres! Crean que es la suerte la que tiene la culpa de su desgracia. Y de esta inocente creencia, el Olimpo y los que manejan la cosa pública se ríen... y celebran con satisfacción el fruto obtenido de su satánica conciencia. ¡Ingratos!

Cualquier desgracia, cualquier defecto o incorrección en la vida moral del obrero, del humilde trabajador, del que, como las hormigas, llevando y amontonando su granito de arena, forma o edifica el grandioso monumento que todas naciones cultas llaman civilización, cierta clase social le da una importancia exagerada.

En cambio, esos mismos defectos y vicios no se notan, no admiten censura si la víctima es de ellos, es decir si pertenece a la misma clase. Pues ha de tenerse presente que como la fatalidad no reconoce rangos, clases ni posiciones, la fiera carcoma del vicio corre también las entrañas de los de arriba, de los magnates, de esos que todavía están enfatuados con abolengos y pergaminos, y con esas *credenciales* escalan todas las alturas, menos la de la inteligencia.

Como en todo, hay excepciones, pero por desgracia estas son muy pocas.

R. R. G.

Muebles baratos en el Almacén de Fernando Hernandez

## La mentira dura, mientras la verdad llega

Al fin después de claudicaciones que ponen de relieve las mentiras acostumbradas por el antifernandismo Iglesias ha dicho:

"Ruego a Ud. hacer conocer al país, que por convenio celebrado ayer entre el Partido Civil y el Partido Duranista, la acción de ambas agrupaciones será uniforme para la próxima elección de Diputados al Congreso Constitucional en todas las provincias de la República, con excepción de la provincia de Cartago en donde ambas agrupaciones lucharán separadamente, como hasta aquí, en la elección de sus representantes al Congreso.

Será Presidente de la República, entre los candidatos del Partido Civil y del Partido Unión Nacional, aquel que obtenga mayor número de sufragios el 7 de diciembre próximo."

Con una candidez inadmisiblemente los contratantes pretenden hacer creer al pueblo que no hay abusos de su parte contra sus partidarios, y si los hay bajo el punto de vista tantas veces demostrado ya, de que Durán no tiene la más pequeña probabilidad de sobrepasar a Iglesias en votos; en cuya virtud, no hay para que pensar que el Doctor pueda ir al Congreso a otra cosa que a ocupar su curul como diputado.

Es por lo tanto inmoral que el Doctor no hable claro a sus partidarios en vez de engañarlos haciéndoles creer que están en condiciones de eclipsar a Iglesias de la lista de candidatos.

¡Hable claro doctor!, no tenga miedo de que se dispersen; el momento crítico ha pasado y a esta hora los que no han protestado otorgan sus procedimientos renunciando al derecho de

llamar "chivos" a los fernandistas porque no pueden tirar piedras los que tienen tejado de vidrio.

La consabida fusión tiene a Iglesias y a Durán dentro del zarzal de la opinión pública, y para salir de él no bastan todas las lavativas del Doctor ni los manifiestos chinchorreros del gallo.

La estadística de los civilistas más exacta que la de los duranistas, ha llevado aquellos al convencimiento de que a la postre, si Fernández no gana el 7 de diciembre, no será Durán sino Iglesias Castro, quien vaya a competir con Fernández en el Congreso. Los subterfugios de Durán con respecto a la fusión y su desinterés por convencer a los suyos, de su buena fe, como si rehuyera contraer responsabilidades ineludibles por lo que más tarde sucederá, indican claramente que desde ahora los fernandistas sólo tienen a Iglesias al frente, pues si Durán no se quita desde luego, es tan sólo por el natural temor de que la gente reunida con premeditación y engaño bajo la bandera verde blanca, se desbande cuando se convenza de que el duranismo ha sido una tureca de Iglesias y nada más.

Después de lo expuesto habrá todavía estultos que crean en la buena fe del Doctor Durán, fariseo bautizado por su partidario Montero Barrantes, preclaro historiador nacional? Habrá quien dude de la tureca mal urdida y pésimamente desarrollada? ¿Quién engaña a quién?

Nosotros sabemos quienes son los engañados y sin tapujos lo hemos indicado. Ahora bien, si los duranistas encuentran que no hay diferencia entre tener CARÁCTER y no tenerlo; en-

tonces que les aproveche y que la patria se los reclame.

Las claudicaciones manifiestas del antifernandismo (léase Iglesias y Durán) no dejan margen a los partidarios sensatos y patriotas para creer una sola palabra más de las miles que ese par de políticos de profesión gaste para jugar con ellos a su antojo lo mismo que se juega a la bolsa.

Si los duranistas conocieran la sanción y supieran aplicarla debidamente, todos a una hubieran hecho una protesta contra la fusión que desde el CARÁCTER que todo hombre de honor debe mantener incólume para su propio prestigio.

Políticos como Iglesias y Durán corrompen las masas y hacen de hombres honrados pero inconscientes, factores de traición, porque quien miente, no estima el CARÁCTER ni tiene amor propio ni ama a la patria.

Discípulos de Maquiavelo excusan el mentir como un recurso ineludible de la política y no tienen ellos la culpa sino los ciudadanos independientes conocedores de sus deberes y derechos que, por el medio de libertad en que se hallan colocados no exigen a los políticos y con mayor razón a los candidatos, el más completo respeto a la palabra empeñada en los trascendentales asuntos que a la patria conciernen.

Es lógico suponer que si de candidatos mienten con mucha más razón mentirían si llegasen a la presidencia.

La mentira es odiosa por cualquier lado que la veamos y los hombres que mienten por ser odiosos es natural que sean indignos de consideración y de respeto.

¿Qué pensará de Durán el fanático policía duranista que en Miramar mató a balazos al civilista Mena, ignorando que iba a restar un voto a la galli chancha?

¿Qué pensarán de Iglesias Castro los civilistas de Miramar que promovieron el escándalo que mermó su partido moral y materialmente?

Según el diccionario de la Academia, se miente cuando se dice o manifiesta lo contrario de lo que se cree, plense o sabe.

Si Iglesias y Durán sabían desde un principio que sus partidos no sustentaban causas opuestas y aparentaban lo contrario, mentían.

En consecuencia ellos son los responsables de la sangre derramada por causa de la tureca, sangre de hermanos como la del civilista Mena de Miramar que pudo haberse evitado luchando cuerpo a cuerpo y cara a cara contra Fernández!

La mancha moral del policía duranista que mató a Mena y tantas otras desgracias habidas entre duranistas y civilistas, como si dijéramos: ramas de un mismo tronco, ni Maquiavelo con su criminal habilidad podría borrarlas.

A Durán y a Iglesias les interesaba más la incógnita de la tureca que las vidas de los costarricenses!

Al pueblo toca ahora elegir entre la vía recta llena de verdades, trazada por el candidato Fernández o la vereda sombría y criminal que siguen Iglesias y Durán con sus farsas que dan risa, y mentiras que entristecen por las víctimas que causan.

¡VIVA FERNÁNDEZ!

NIC KARTER

Para vestir con gusto, en la Sastrería Gonzalo Artavia

## LA FIESTA REPUBLICANA

No se han registrado en los anales políticos del pueblo costarricense, manifestación más grandiosa, ni fiesta más bella que la celebrada anoche en la capital por el Partido Republicano en honor de su ilustre adalid, candidato don Máximo Fernández.

Bajo un cielo sereno y límpido y un ambiente aun tibio por los últimos esplendores del crepúsculo, el pueblo libre, liberrimo de Costa Rica, se agrupó para presentar su saludo patriótico, al que representa los ideales de la causa. Una masa incontable de ciudadanos, un mar azul se desparamó desde la estación del Atlántico para agitarse sobre la avenida central, como las olas mansas y tranquilas del océano sin orilla.

Frente al Palacio Nacional, las multitudes estallaron en un formidable y cordial saludo al Jefe de la Nación, el candidato de ayer, el Presidente Republicano de hoy, amante sincero de las libertades patrias y bajo cuya égida de respeto a la ley se está operando el problema electoral, sin ninguna traba.

Llegó por fin después de una hora de desfile el pueblo y se apuñó en los contornos de la gallarda residencia del Candidato, que como atalaya se levanta en el alto de la ciudad capitolina, en donde vigila el centinela avanzado de las libertades patrias, don Máximo Fernández.

Los acordes de música delicada, las voces de un coro de señoritas de lo más distinguido de esta ciudad, llenaron de suave armonía los oídos de todo un pueblo

reboante de entusiasmo.

A continuación se presentó un viejo tribuno Manuel Coto Fernández, a su verbo cálido y sonoro respondió el auditorio con una lluvia de aplausos estruendosos. Siguió el acorde endiando el aire, y de pronto una figura de corte eclesiástico aparece en la tribuna, en el altar de la Patria, era el Padre José Calderón, antiguo Cura de Heredia, que con su palabra de apóstol, anatematizó al tirano de ayer, al usurpador de la Unión Católica, y lo presentó ante la faz de la República como el sempiterno farsante. El Padre Calderón recibió muchos aplausos, y representó dignamente a la provincia de Cartago.

Siguieron los oradores de palabra fácil y de lógica convincente, los representantes por Heredia y Alajuela, Licdo don Alfredo González y don Rafael Machado, respectivamente; cosecharon nutridos y prolongados aplausos.

Un minuto de espectación reinó en el público que estalló emocionado, al presentarse en lo alto de la tribuna su viejo caudillo de veinte años de lucha, Máximo Fernández. Un hurra estruendoso brotó de todos los corazones, al contemplar de hito en hito la noble figura del incansable luchador, eco que debió de repercutir allá lejos encima de las azules montañas de nuestra panorámica tierra. Cada palabra del eximio tribuno, arrancaba un viva, un aplauso de todos los pechos republicanos congregados al pie de la tribuna del pueblo. Don Máxi-